

*Hijos de la luz*  
Robert Stone

---

Traducción de Inga Pellisa

Título de la edición original: *Children of Light*

Primera edición en Libros del Silencio: enero de 2013

© Robert Stone, 1985

© de la traducción, Inga Pellisa Díaz, 2013

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2012]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

Corrección de estilo: Inga Pellisa, Unai Velasco

Corrección ortotipográfica: Raúl Alonso

ISBN: 978-84-940156-7-0

Depósito legal: B-33.948-2012

Impreso por Reinbook

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El autor quiere agradecer la beca del National Endowment for the Arts y la residencia en Villa Serbelloni, fruto de la generosidad de la Fundación Rockefeller.

Al despertar, vio una luz acuosa en el techo blanco azulado; el sol de la mañana se reflejaba desde la piscina que había justo al otro lado de la ventana. En cuanto levantó la cabeza, el veneno lo golpeó; sed, náusea, un dolor punzante detrás de los ojos. Se dio la vuelta y sintió la calidez de la chica que estaba a su lado, desnuda y bocabajo. Alargó el brazo y, con el más delicado roce que su embotamiento le permitió desplegar, deslizó los dedos por la curva de su espalda, por sus nalgas y su muslo firme. En los primeros momentos de consciencia, no había sido capaz de recordar quién era ella. El tacto de su piel joven y fresca le devolvió el recuerdo de inmediato.

Con todo el cuidado y silencio de que fue capaz, se levantó de la cama y caminó sigilosamente sobre las baldosas hasta la silla en la que había amontonado su ropa la noche anterior. No quería despertarla, quería estar solo a pesar de su soledad.

Ya vestido, cruzó el umbral del dormitorio y salió a la enorme cocina. Era de un blanco perfecto, con destellos de acero y cristal, resplandeciente con la mañana. Bebió agua del grifo,

largamente y sin respirar, con los codos apoyados en los fríos bordes del fregadero. Se mojó la mano y se frotó la cara. Cuando alzó la vista vio montañas pardas a través de la ventana de la cocina, una abrupta cresta coronada de niebla que dominaba un despejado valle verde. Era un día deslumbrante, salpicado de promesa.

—Put a California —dijo en voz alta. Todavía estaba medio borracho.

Ni siquiera después de veinte años era inmune a las mañanas de California. Suponía que para él debían de representar la búsqueda de la felicidad.

Cerró los ojos y se aferró al fregadero. Tenía los ojos hinchados. Piden monedas, pensó. Monedas sobre los párpados. Tomó una bocanada de aire, tragó y se puso recto.

Ahora, venga, se dijo a sí mismo.

Había un pequeño comedor contiguo a la cocina blanca. Una escultura en forma de escalera de caracol bajaba hasta el salón, donde había dejado sus cosas. Abrió la maleta sobre el sofá y revolvió en ella en busca de unos calcetines limpios, una muda, una camisa que no se hubiera puesto ya. Cuando hubo reunido la ropa, se encerró en el baño auxiliar para escapar de la asfixiante efusividad de la mañana. Abrió el grifo de la ducha en un intento de calmarse con el sonido familiar del agua a presión. Le temblaban las manos. Estaba al borde del miedo.

Un segundo después se encontraba fatal, vomitando en el inodoro, sudando, disentérico. Momentáneamente purgado, se sentó sobre la tapa del váter, con la cabeza entre las manos. Desolación.

Por supuesto que estaba envenenado. Llevaba semanas envenenándose.

Al entrar en la ducha, se vio reflejado un segundo en la puerta de espejo del botiquín. La cosa en sí. El hombre desguarnecido.<sup>1</sup> No dejó que su mirada se rezagara.

Bajo el velo de agua templada, empezó a recitar. Puso una voz engolada, cómicamente rimbombante:

—Tú eres la cosa en sí —proclamó dirigiéndose al pequeño cuarto blanco—. El hombre desguarnecido no es más que un pobre animal desnudo y a dos patas como tú.

Entonces se sintió mejor, pero solo por un instante. Se había amasado una ola de remordimiento que se abalanzaba sobre él; apenas tuvo tiempo de coger aire antes de que se lo llevara por delante. La amargura —sofocante, agria, del color de la ictericia— le impedía respirar.

—Sigue, tormenta —declamó—. Yo lo soportaré. En una noche como... —Se interrumpió y se quedó en silencio.

En momentos como el que estaba soportando justo entonces, Walker, que era guionista, solía pensar en los días pasados como en una morralla de fotografías. La luz en el agua, su mujer a los veinte, un cielo, una ciudad, sus hijos en la tierna infancia. Alguna que otra imagen rememorada podía empujarlo casi a las lágrimas, y entonces, de inmediato, la emoción avivada le parecía trivial e impostada, como algunas de las es-

1. Estas palabras, así como las que se declaman a continuación, pertenecen al acto III, escena IV del *Rey Lear* de Shakespeare. (Esta y el resto de las notas al pie son de la traductora.)

cenos que había escrito. Sus espejismos de consciencia, sus más profundos arrepentimientos le resultaban insignificantes, vulgares y ridículos. Tales estados de ánimo le proporcionaban a Walker una visión de su vida en la que esta era basura: un artículo deteriorado, irreparable. Mientras contemplaba cómo las cosas se disponían en este desolado espectáculo, Walker se preguntaba si había tenido jamás una mínima noción de algún tipo de verdad.

Corrió a sujetarse a la barra de apoyo de la ducha. Lo que hace falta ahora es un sueño, se dijo a sí mismo, un algo con lo que ir tirando. Durante las semanas anteriores, había ido tirando a base de alcohol y un alijo de diez gramos de cocaína, y había empezado a sentirse como si pudiera morir muy pronto.

Después de la ducha, salió de la cabina, se secó con la toalla de invitados y, evitando el espejo, inspeccionó el botiquín. Para su extremo deleite, encontró un pequeño tubo de Valium junto a un frasco de complejo de vitamina B. La anfitriona perfecta, pensó. Una chica maravillosa.

Cuando se hubo servido una cápsula de cinco miligramos de Valium y algo de vitamina B, cerró la puerta del botiquín y se vio enfrentado una vez más a su propia imagen. A los hombres de la edad de Walker se los hacía responsables de sus caras; una idea inquietante. Pero la suya apenas era una máscara de depravación. Se puso erguido y clavó los ojos en ella. Una cara, simplemente; una bastante común. Atrapado, entrecerró los ojos para examinar a la criatura del espejo. Era responsabilidad suya saber qué aspecto tenía; trabajaba como actor de vez en cuando. Y tenía el aspecto, decidió, de un hombre de cuarenta y

tantos que bebía. A lo largo de la mayor parte de su vida había parecido más joven de lo que era. Quizás solo fuera la luz, pensó. Apartó la mirada y se subió a la báscula de baño.

Walker descubrió que pesaba algo más de setenta y siete kilos; no le pareció mal para alguien de su altura y constitución. Se apretó con los dedos el costado derecho por debajo de las costillas, en busca de evidencias de una inflamación del hígado. Todo parecía seguir como siempre por ahí.

Al bajar de la báscula, tropezó con su reflejo aún una vez más. Ahora se quedó paralizado por el miedo a la muerte. Se volvió y apoyó la espalda contra la pared, con los ojos cerrados, respirando a bocanadas deliberadamente profundas. Le llevó un momento calmarse. Sus recursos internos estaban algo desorganizados, pensó. El Valium debería ser útil en la actual emergencia. Otra cita de *Lear* le vino a la mente: «Nunca se conoció a sí mismo más que de un modo exiguo».<sup>2</sup>

Por primera vez en su vida articulada y minuciosamente examinada, Walker se preguntó si acaso no se podría decir lo mismo de él. Imposible, decidió. Se conocía a sí mismo bastante bien. Era todo lo demás lo que le daba problemas.

Se vistió. De vuelta en la cocina, cogió un vaso de agua, lo llenó con vodka hasta la mitad y luego vertió en él una mezcla de jugo de tomate y caldo de almeja. Bajó con cuidado las escaleras y se repantigó junto a la maleta en el sofá gris claro mientras se complacía con la acogedora impecabilidad del sa-

2. Afirma Regan, hija mediana del rey Lear, en referencia a su padre (acto I, escena I).

lón de Bronwen. Después de tomar algunos sorbos de la bebida, metió la mano en el forro de la maleta y sacó un pliegue de papel rosa en el que guardaba siempre a mano una provisión de cocaína. Colocó la papelina en la mesa de centro que tenía delante, pero la dejó sin abrir.

Qué bien que vive para lo joven que es, pensó. Él no tenía ni un techo, no lo tenía desde hacía más de un mes.

Walker trabajaba en la industria del cine, en la que había empezado diecisiete años antes como actor. Había pasado por la escuela del Hagen-Berghof Studio con la intención de aprender teatro y convertirse en dramaturgo. Pocos años después había escrito el libreto y las canciones para una adaptación musical de *Jurgen*, seria y ambiciosa, y quedó estupefacto al ver como esta fracasaba rotundamente en menos de una semana. Nunca había llegado a representarse, y Walker acabó comprendiendo que eso jamás ocurriría. Se fue ganando la vida —ganandosela bastante bien— principalmente como autor, adaptador o colaborador en guiones de cine. Aquel verano había estado actuando de nuevo, sobre las tablas por primera vez en años, interpretando a Lear. A lo largo del tiempo, había ido avanzando bases dentro de ese antiguo y oscuro cuento popular. En diferentes etapas de su vida había hecho del sirviente de Cornwall, luego de Cornwall, luego de Kent, y finalmente del Rey. Seguía conservando un buen nivel de learitud, atiborrado de barboteos apesadumbrados y fatales, pequeños ensalmos tomados del texto. No estaban fuera de lugar dada su situación: durante la temporada de representaciones su mujer lo había abandonado.

Vaso en mano, subió de nuevo las escaleras y se detuvo

dentro del dormitorio, junto a la puerta, observando a la chica. Qué casa tan bonita, pensó. La mandíbula se le tensó de furia. Qué chica tan guapa.

Se apoyó contra el marco de la puerta y la observó. Estaba acostada de cara a él: su pelo rubio cobrizo ocultándole parcialmente los ojos, sus largos dientes de vaquera tras los labios entreabiertos. Seguía dormida, o fingía estarlo. Una sábana de seda de color azul oscuro se arremolinaba en torno a su cuerpo; la chica estaba enfundada en ella.

Bronwen era escritora, una niña del Medio Oeste pulida por el éxito temprano y lo mejor de California. Observándola, o mejor dicho, devorándola con los ojos mientras descansaba, Walker se sentía sacudido a partes iguales por la lujuria y el rencor.

En esencia, se desagradaban el uno al otro. Los dos eran, cada uno a su estilo, intérpretes, comediantes; su camaradería giraba en buena parte en torno a un desprecio mutuo.

Ella había escrito tres novelas cortas, ingeniosas, originales y tremendamente agradables de leer. Bronwen era de todo menos aburrida. Cada uno de sus libros había sido recibido con gran entusiasmo por parte de la crítica y del público; se había hecho lo bastante famosa como para que Walker, para su intensa y profunda vergüenza, extrajera una vulgar satisfacción de su affaire con ella. Era inteligente y fría, un complejo defensivo cubierto de púas y minado de arrebatos de malignidad infantil y temores apresuradamente enterrados. Fue una cachorrilla maltratada, solía decir Walker a sus espaldas. El juego al que jugaban, uno de tantos, era que ella lo tenía calado. Que sabía

que sus estratagemas complacientes, su manera de ser divertido, las creencias políticas que mantenía eran reclamos intrascendentes a los que Bronwen era inmune. Otros tal vez se lo tomaran en serio, pero no ella, la impasible, la mujer de mundo.

Recorrió con los ojos su alargado perfil y se preguntó si ella sabía que él sabía que guardaba una pistola en el baúl de mimbre que había debajo de la cama, envuelta en una bufanda junto a sus píldoras de Ritalin. O si le tenía tan tomada la medida como para imaginar la magnitud de su furia, las fantasías homicidas que lo asaltaban: de destruirla, dejar su grácil juventud convertida en despojos, arrasarla.

Al instante lo golpearon el remordimiento y el horror. Porque, en realidad, después de todo, ella le gustaba. Tenía que gustarle, pensó, tenía que haber algo más que perversidad. Era divertida, y él disfrutaba con su ingenio y su buen ánimo. Y a ella le gustaba él, estaba seguro. No podía hablar con ningún otro amigo como lo hacía con Walker; y respetaba su trabajo, eso había dicho. Se le ocurrió de repente lo poco que tenía que ver todo aquello con las directrices del corazón tal como las había entendido en su día: amor, cariño, lealtad. No era más que un acoplamiento aleatorio, un revolcón intelectualoide. ¿Podía imaginar Bronwen que lo acuciaban fantasías violentas con ella como objeto? Bien podría ser. Tenía mucha experiencia y era perspicaz; lo tenía calado. Y Dios sabía qué fantasías haría girar ella en torno a él.

De nuevo en el salón, encontró su billetera en el sofá en el que se había sentado antes. Estaba embutida de billetes, apretujados con descuido. Recordó entonces, después de casi ha-

berlo olvidado por su indisposición, que el día anterior había ganado un buen montón de dinero en Santa Anita. Había ido con Bronwen; fue un día glorioso, y comieron en el club. Había acertado una doble, una exacta y ganado un ocho a uno. La recaudación estaba por encima de los mil dólares, la mayor cantidad de dinero que hubiera ganado jamás en las carreras. Con ella se pagó la cena en el rancho San Gabriel, y con ella se pagaría una semana en el Chateau. Walker había estado viviendo en el Chateau Marmont desde el cierre de *Lear*, ya que tenía alquilada su casa de Santa Mónica. No le importaba estar solo allí.

Acarició el desordenado fajo entre el pulgar y el índice. El tacto de aquellos billetes nuevos, lustrosos y arrugados, le produjo un leve sentimiento de repugnancia. Cogió uno de cien y examinó el intrincado grabado brillante de sus bordes. Entonces, en un impulso, enrolló el billete en forma de tubo, preparó una raya de coca y la esnifó. Perfecto. Se sorbió la nariz y se frotó los ojos. Confianza. Un pequeño subidón para el camino. De pronto se dio cuenta de que en el breve transcurso de día que llevaba despierto había consumido Valium, alcohol y cocaína.

Aquí hace falta un plan, pensó. Un plan y un sueño, algún lugar adonde ir. Los sueños eran cosa seria para Walker, eran vida. Como la sal, como el agua. Savia vital.

Pasó la yema del índice por la superficie de la mesa de centro para atrapar los restos de cocaína que habían quedado y se frotó las encías.

Venga, pensó. Le parecía que si no se iba de una vez la muerte lo encontraría allí. Se puso de pie y lo metió todo en

la maleta; salvo la pequeña papelina de cocaína, que dejó en la mesa como regalo. Tenía mucha más guardada.

Formando una pila sobre la repisa de la chimenea estaban las tres novelas de Bronwen; Walker comprobó que cada una de ellas llevaba una dedicatoria cautivadora para él. Lo procedente era que las cogiera y dejara una nota. Le dio la vuelta al libro de más arriba y contempló la fotografía de Bronwen en la contraportada. Sus ojos miraban hacia un segundo plano; tenía los labios ligeramente entreabiertos; los pómulos, elevados y atractivos; la barbilla, tocada con un hoyuelo. Se la veía en la onda, agradable y para chuparse los dedos. Devolvió el libro a la repisa y lo dejó ahí. Luego se puso las gafas de sol, cogió sus cosas y se adentró en la mañana.

Mientras conducía por la autopista, en la KFAC sonaba Couperin, las *Leçons de ténèbres*.

Walker se consideraba un superviviente. Sabía cómo resistir, y qué era lo que te hacía salir adelante. Estaba el trabajo. Estaba la gente a la que amabas y la gente que te amaba a ti. Estaba, siempre lo había creído, la colección de recursos internos a los que el superviviente veterano podía recurrir; aunque sobre estos últimos ya no estaba tan convencido. La noción de unos recursos internos le parecía de un misticismo fatuo aquella mañana. Se había metido demasiada droga y demasiado alcohol, había visto demasiados rollos de película velada exhibiendo montajes interiores como para controlar el más mínimo recurso interno. Ya era lo bastante difícil pensar con claridad.

En cuanto al trabajo, después de semanas con los nervios a flor de piel iba a necesitar casi el mismo tiempo de disciplinada

desintoxicación antes de poder empezar a afrontar un encargo. Y el amor... El amor había huido. A Londres. El pensamiento de que ella estuviera allí y él abandonado hizo que se le helara la sangre. Lo alejó de su mente, una práctica en la que se había ejercitado desde lo de Seattle. Ya lidiaría con ello más adelante, haría algo al respecto. Cuando estuviese centrado. Un sueño, pensó. Eso es lo que hace falta aquí.

Salió de la autopista por Sunset y aparcó en Marmont Lane, detrás del hotel. En recepción compró la *Variety* y la edición matutina del *L. A. Times*. Subió hasta la sexta planta en compañía de un famoso actor alemán y dos jóvenes colocadas.

El aire de su apartamento contenía un aroma desvaído a alcohol rancio y ropa sucia. Abrió los ventanales del dormitorio para que entrara la brisa, tibia y empalagosa. Allí abajo estaban la piscina y la hilera de bungalows que la flanqueaba. Había hojas secas flotando en la superficie del agua verdusca. Los jardines de alrededor olían a tubo de escape y eucalipto.

Esta vez no iba a resultar fácil centrarse. Tendría que abordarlo con suma habilidad. Ante todo, tendría que querer hacerlo. Tendría que haber un motivo, y Walker sabía que escudriñar en sus motivos para sobrevivir lo llevaría a terreno pantanoso. El mundo en general, al final lo había admitido, ni lo necesitaba a él ni necesitaba ninguna de sus obras. Su mujer se había ido, para siempre, por lo que él sabía, y sus hijos eran mayores. Iba a tener que retirarse por motivos personales, solo y prescindible, en un hotel de West Hollywood. El sabor a muerte y desolación afloró de nuevo en su garganta.

Decidió no pensar en ello. Con el fin de posponer el pen-

sar en ello, abrió la maleta, sacó el envase cilíndrico de talco en el que guardaba la cocaína y, con unos golpecitos, vertió un pequeño montón de mercancía en la superficie de liso mármol oscuro de su mesilla de noche. Se lo metió con el billete de cien. Bien, pensó. Por lo pronto, había obviado la motivación: volvía a ser la cosa en sí. La cosa en sí alcanzó consciencia de ella misma poco después, mientras se servía un trago de vodka en la cocina. Perplejo, Walker miró la copa que se había preparado. Se sorbió la nariz, se puso recto y vació el vaso en el fregadero. Tenía una cita para comer con su agente, y cumplir con ella era el poco propósito que le quedaba. Debía posponer el próximo trago al menos hasta la comida. Un pequeño gesto hacia la renovación, nada ambicioso.

Con las manos vacías, fue a la sala, encendió la televisión, volvió a apagarla y empezó a pasearse de lado a lado por el cuarto.

Aquí es donde empezamos, se dijo a sí mismo. Nos reinventamos. Ponemos un pie delante del otro y seguimos avanzando.

Al momento, regresó al dormitorio y se preparó otra raya. Luego se recostó en la cama y se quedó mirando a través de los ventanales la superficie inmóvil de la piscina, cinco pisos más abajo.

Desde algún lugar del húmedo verdor del jardín, un pájaro burlón lanzaba gorjeos que sonaban un poco como una marcha para pífano. Durante una fracción de segundo, Walker se vio transportado por un fragmento de recuerdo, la parte ínfima de un sueño. Desapareció demasiado rápido como para capturarlo.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. El canto del pájaro se oyó de nuevo, bajo el ajetreo del tráfico, y despertó la memoria.

Se había apartado del balcón y estaba sentado en la cama con el teléfono en la mano cuando el recuerdo brotó a la superficie. Colgó el auricular y se volvió hacia la ventana. El pájaro trino de nuevo.

Estaba recordando a Lu Anne Bourgeois, a quien el resto del mundo llamaba Lee Verger. Había ocupado la mitad de su mente la pasada primavera, pero Seattle, la obra y los terribles acontecimientos del verano habían barrido con todo.

Años antes, cuando Lu Anne y él eran jóvenes y audaces, en los tiempos de las drogas mentales y la transfiguración, habían inventado juntos un juego para las malas noches. De hecho, no era tanto un juego como un estado de ánimo al que entregarse, y lo llamaban «Murciélagos o Pajaritos».

A Murciélagos o Pajaritos se jugaba en las peores horas antes del amanecer. Para ganar había que mantenerse firme hasta la mañana, ser capaz de superar la noche con la cabeza intacta hasta el momento en que el canto del pájaro anunciara la inminencia de las primeras luces y del día. Eso era Pajaritos. Uno perdía si no llegaba al otro lado, si le petaba la cabeza. Murciélagos. Los pájaros burlones, con sus gorjeos intempestivos a horas inmorales, desbarataban el juego, porque te hacían pensar que ya era por la mañana y que habías vencido, cuando en realidad aún estabas apresado en el corazón de la noche.

Pensó en Lu Anne y se le agitó el corazón. Era pálida. Tenía unos ojos beatíficos de color azul oscuro y una sonrisa que

oscilaba entre la bufa y la locura. Nueve años atrás, la habían nominado a un Óscar por un papel secundario; su carrera posterior, como la de Walker, había sido decepcionante.

Hacía mucho tiempo, en la época en la que estuvieron juntos, Lu Anne le había pasado *El despertar*, la novela de Kate Chopin. Estaba ambientada en la Luisiana de finales del XIX; Lu Anne era de allí, y el libro de Chopin era de sus favoritos. Él había escrito un guión, y todos los días de escritura ella había estado o con él o en su anhelo, de modo que cuando el personaje principal de Edna Pontellier quedó definido en escenas y diálogos, Lu Anne lo habitaba por completo. En aquellos tiempos habían soñado con llevarlo a cabo juntos, pero las cosas habían ido por otro camino.

El tiempo pasó. Los académicos descubrieron el libro y lo proclamaron un documento feminista. Lu Anne se había hecho con otro agente, que era enérgico, leído y del sexo femenino. Cerca de un año y medio antes de que Walker se comprometiera con las funciones de *Lear* en Seattle, diez años después de su última revisión del guión y seis desde su última conversación con Lu Anne, se habían juntado las piezas.

Un joven director llamado Walter Drogue había subido a bordo. *El despertar* sería la cuarta película de Drogue, al que la mayoría consideraba inteligente, original y agresivo. Su padre, llamado asimismo Walter Drogue, era uno de los budas vivos de la industria. Director también a lo largo de cincuenta años, Drogue sénior había sido públicamente vapuleado, tiroteado por rivales sexuales, incluido en listas negras, citado a testificar y biografiado en francés. El nombre del padre, daba la sensa-

ción, añadía lustre al proyecto del hijo; y el caché de este, como el de Walker y el de Lu Anne, no era desmedido.

Un productor de cierta probidad se puso al frente de la película. Persuadieron a una de las majors para que la financiara y la distribuyera. Todo tenía un aspecto prestigioso, oportuno y barato. Existía la posibilidad real de que los intereses implicados se vieran al timón de una película bien hecha que reportaría buenas críticas, premios y, con la gestión apropiada, una ventajosa cuenta de beneficios. Un impulso social atávico estaba siendo liberado. En algún lugar, en lo más profundo de la Casa de la Risa, habían optado por un riesgo calculado.

Después de rodar la mayor parte del verano en Nueva Orleans, la producción se había trasladado, por conveniencia y ahorro, a la localización favorita de los Drogue en Baja, Bahía Honda. El padre había rodado allí a lo largo de muchos años y había comprado una propiedad hotelera a través de un testaferrero mexicano. De este modo, podía servir de proveedor en sus propias producciones.

Por lo que a Walker respectaba, era un poco tarde. Lo habían invitado y había declinado la oferta. Probablemente, pensó, para alivio de todos. Y estaba también el asunto con Lu Anne, su ángel oscuro. Habían sobrevivido a su última excursión, pero había ido de poco. Sobrevivieron porque los dos eran jóvenes entonces, y estaban casados, y motivados, y eran diestros supervivientes. Ahora no sería lo mismo.

Pero Walker, colocado, abandonado, desolado, se encontró escuchando el canto de los pájaros y pensando en ella. Se le aceleró el corazón. No habían pasado seis años en realidad, pensó.

Ella lo había besado despreocupadamente. Imaginó que podía recordar su tacto, y cuando lo hizo fue la mujer que había conocido una década atrás la que se presentó en sus recuerdos.

Se había casado de nuevo, con un doctor; tenía hijos. La tarea de Walker ahora era salvarse a sí mismo y su matrimonio, restaurar su equilibrio. Lo que hace falta aquí son menos chifladuras, se dijo, no más.

Y entonces pensó: lo que necesito es un sueño. Fuego, acción, riesgo. Era un desvarío de la droga. El número de la oficina de la productora en la localización estaba en su lista negra. Se descubrió con la mano sobre el teléfono.

Tu soldado en las filas de la muerte.<sup>3</sup>

Atrapado en una especie de silencio vertiginoso, marcó el número de larga distancia. Al primer timbre, colgó aterrizado.

Unos minutos después, le pareció que volvía a estar perfectamente bien. Cuando cogió el teléfono, fue para confirmar la comida con la oficina de su agente.

En la agencia, descolgó Shelley Pearce. Era la asistente de Al, una licenciada del Smith College que había pasado por el Yale Repertory Theatre unos años después de Lu Anne. Había sido alumna de Walker en un taller de interpretación; él le había conseguido su primer trabajo, como chica para todo en una producción de la United Artists, y le había presentado a Al.

—Hola, Gordon —lo saludó Shelley. Se la oía contenta de saber de él, y Walker se sintió agradecido.

3. Este es el voto que Edmund le hace a Goneril, su amante, en *El rey Lear* (acto IV, escena II).

—¿Dónde te metiste? —le dijo—. Cada noche buscaba en aquel mar de caras pálidas e inmóviles. Ni rastro de Shelley.

—¿Estás de broma, Gordon? ¿*El rey Lear*? ¿Tú te crees que tengo tiempo para esas mierdas?

Walker rió.

—Sí, Gordon, sí. Estaba allí. Te vi. Estuviste magnífico.

—Perdón, ¿cómo has dicho?

—Magnífico, Gordon. Magnífico, ¿de acuerdo?

—Yo también lo pensé —respondió Walker—. Me sentí infravalorado.

—¿No viste el *L. A. Times*?

—Aceptable. Pero tibio.

—No seas avaricioso —le dijo Shelley—. Al te llevará algunos recortes de prensa para que babeas durante la comida.

—¿Por qué no quedamos tú y yo para cenar esta noche? —le preguntó Walker de repente—. ¿Por qué no vamos al hotel San Epo?

Ella se quedó en silencio un momento.

—¿Cómo estás, Gordon? Quiero decir, ¿cómo van las cosas?

—No muy bien.

—Claro. Al San Epo, claro —respondió Shelley—. A la puesta de sol. ¿Sabes cuándo se pone el sol? Lo dice en el periódico.

—Llamaré a los guardacostas.

—¿Estás bebiendo? —le preguntó Shelley—. Más te vale no dejarme plantada.

—Allí estaré —aseguró él.

Al llegar al Musso & Frank, Walker se instaló en un reservado y pidió un martini. Keochakian llegó quince minutos tarde, y se lo encontró pidiendo el segundo.

—Póngame uno a mí también —le dijo al camarero.

Keochakian examinó a su cliente con sus ojos duros y desconfiados, ocultos tras unas gafas de cristal ahumado; tenía el rostro y el porte de todo un figura marsellés.

—¿Cómo estás, Gordon? —Le dio la mano y le estrechó el hombro—. ¿Cómo están Connie y los chicos?

—Están muertos, Al.

El agente lo miró sin expresión.

—Eh, muy gracioso, Gordon.

—Siempre preguntas. Quería saber si estabas escuchando. Keochakian enseñó los dientes.

—Siempre escucho. Quiero saber. Soy padre de familia. No soy como tú, gilipollas. No sabes lo que tienes.

—Connie me ha dejado —dijo Walker.

—No me lo creo. Eso es imposible, y no lo acepto.

—Me dejó una carta de lo más elocuente. Una exposición de hechos. Parecía muy decidida. Está en Londres.

—¿Sabes lo que creo? Creo que volverá. Estoy seguro. Si tú quieres. —Keochakian dio un sorbo a su copa seguido de una mueca—. Doy por sentado que quieres que vuelva.

Walker bajó la vista hacia sus manos entrelazadas y asintió lentamente.

—Afróntalo, tío. Sin ella estás jodido. Te irás a pique. Tienes que hacer que vuelva.

—Connie tiene su orgullo.

—Ahora te das cuenta —le dijo Keochakian.

—No puedo hablar de esto hoy —replicó Walker—. Estoy demasiado ofuscado.

—Está bien. Pero cuando quieras hablar de ello, házmelo saber, porque me gustaría decir algunas cosas sobre el tema y tengo derecho a opinar.

Walker se mordió el labio y apartó la mirada.

—Bueno, ¿qué quieres comer? —preguntó Al.

—Ya que estamos tomando martinis, estaba pensando en hígado.

—El hígado es bueno —dijo Al. Le hizo una seña al camarero, que lo atendió de inmediato.

Les tomó nota. Bajo la mirada desaprobatoria de su agente, Walker pidió media botella de Cabernet.

—Cuéntame qué tal en Seattle.

—Podría pasarme el resto de mi vida haciendo *Lear* —le respondió Walker—. Me gustaría hacerlo entero: el Bufón, Gloucester, Cordelia. Esa puta obra es insondable.

—Shelley fue a verte.

Walker sonrió.

—Me lo dijo. Es mi tortolita.

—¿Te gustaría trabajar? —le preguntó Al—. Tengo algo bueno.

—¿Cuándo?

—Quieren hacer las pruebas esta semana. Pero preguntaron específicamente por ti, así que supongo que son una mera formalidad. —Fruunció el ceño—. ¿Estás ocupado o algo? ¿Por qué es importante *cuándo*?

Walker no contestó.

—¿Estás metido en alguna cosa? ¿Tienes un guión para mí?

—No —dijo Walker. Se aclaró la garganta—. Había pensado en bajar a Bahía Honda y pasarme por *El despertar*.

Al entornó los ojos tras los cristales color verde de sus gafas y negó con la cabeza.

—¿Por qué?

Walker se encogió de hombros.

—Porque es mi criatura. Quiero ver qué tal la están tratando.

—Creía que ya habíamos acabado con eso —dijo Al. El camarero le dio a probar el vino a Walker. Cuando lo sirvió, Keochakian puso la mano sobre su copa para rechazarlo—. Pensaba que la decisión ya estaba tomada, y me parecía la decisión correcta.

—He decidido que quiero echar un vistazo.

—Un vistazo —repitió el agente; un eco inexpresivo.

—Hacer notar mi presencia.

—No te quieren ahí abajo —le dijo Al.

Llegó el primer plato. Walker se sirvió una segunda copa de vino.

—En su día me lo pidieron.

Keochakian se quitó las gafas y se encogió de hombros.

—Les daba igual, Gordon. Walter pensó que podría sacarte algunas ideas, pero puedes estar seguro de que ya no te necesita. Creerá que le estás robando protagonismo.

Walker cogió el tenedor y observó su plato.

—Me gustaría, ya sabes.

—No te pagarán nada. No les haces falta.

—Me lo pagaré yo. Iré como civil. Por las playas.

Al se concentró en su hígado encebollado.

—Creo que es poco profesional.

—No veo por qué —repuso Walker. Cuando empezó a comer se dio cuenta de que estaba hambriento—. No es nada inaudito.

—Vas a ver a Lee Verger —le dijo Keochakian, evitando los ojos de Walker.

—Estaría bien ver a Lu Anne. Mira, yo también tengo algo de parte en la película. ¿Por qué no debería ir?

—Porque tú trabajas para ganarte la vida —le respondió Al. Hablaba con voz pausada y suave—. Y yo tengo un trabajo para ti.

—No estoy preparado —dijo Walker vagamente.

—Es un papel divertido. Un villano intelectual y amariconado. Te lo pasarías en grande.

—Siento que necesito ir a México un tiempo. Cuando vuelva..., estaré renovado. Seré capaz de trabajar.

Keochakian apoyó los cubiertos en el plato.

—Deja que te diga algo, Gordon. Si te presentas en ese rodaje vas a cavar tu propia tumba.

Walker rió amargamente.

—¿Te parece gracioso, capullo? —le preguntó Keochakian—. ¿Tú sabes el aspecto que tienes? Estás sudando puto alcohol. ¿Crees que no te veo los ojos? ¿Crees que la gente de este mundillo no sabe la pinta que tiene un borracho?

—Voy a dejarlo mañana, por el amor de Dios.

—Ah..., mañana lo dejas —dijo Al con una sonrisa sin pizca de humor—. Eso es bueno. Eso está bien, Gordon. En fin, te sugiero que lo hagas, compañero. Y te sugiero que dejes en paz a Lee de una puta vez. —Acercó el tenedor a la carne y lo volvió a dejar—. Lo que quiero decir es... recupera a Connie. A Lee no le haces ninguna falta. Eres lo último que le hace falta. En cambio, Connie, por sus propias y enfermizas razones, sí que te necesita.

—Necesito un viaje. Viajar es una terapia para mí.

Al lo miró y se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Si no eres capaz de trabajar, métete en una clínica.

—Por favor, Al.

—Gordon, hace diez años podría haberte dicho esto en broma, pero ahora no lo es. Ponte en tratamiento, tío. Lo hace muchísima gente.

Walker se llevó una mano a la frente.

—Tienes el dinero. Hazte un favor. Sal de circulación y desintoxícate. Vete al Este, a Nueva Inglaterra. Estamos en otoño, allí hay buenos sitios, no te encontrarás con nadie que conozcas.

—Me volvería tarumba, un sitio así.

—A lo mejor es lo que te hace falta, Gordon.

—Bueno —dijo Walker en tono conciliador—, ya veremos qué pasa.

Un ayudante llegó y recogió los platos. Walker se sirvió vino.

—Es una pena que no hagas ese papel que tengo para ti. Podría hacer que te saliera algo en televisión.

—¿Es eso lo que quiero?

Los ojos de Keochakian parecieron helarse. Se quedó mirando al vacío y se rascó la barbilla.

—Creo que me voy a dejar barba, Gordon. Una barba de chivo, ¿qué te parece?

—Bien, Al. Estaría bien.

—No te atrevas a ir allí. —Sacudió el índice frente a la cara de Walker—. No te atrevas a desmontar todo el trabajo que he hecho.

—Claro, Al —respondió Walker—. Eh, ¿qué trabajo, tío?

—Que te jodan, Gordon.

Walker aguardó, medio esperando que Al se levantaría y se iría. Ambos se pusieron tensos, sentados cara a cara.

—Hicimos un trato muy ventajoso, económicamente —dijo Al con calma.

—Mis mejores honorarios. Un récord.

—Exacto. Y también plantamos cara a las típicas estrategias de Walter Drogue.

—¿Eso hicimos?

—Sí, Gordon, eso hicimos. Puede que recuerdes su inquietud en torno a la perspectiva feminista.

—No tenía noticia de ello.

—A Walter le preocupaba la ausencia de una perspectiva feminista. Nos echó un montón de mierda encima con el tema. ¿Sabes qué era lo que tenía en mente?

—Lo puedo imaginar.

Keochakian esbozó una débil sonrisa.

—Quería salir como guionista en los créditos. No era por

ninguna tía, era por él. Vio que el guión era bueno, pensó que la cosa podría ir bien... Quería que saliera su nombre por vanidad y para sacarles aún más royalties.

—Bueno —dijo Walker—, Walter es un gran feminista.

—No cabe duda. Y he oído que su padre era un feminista aún mayor. Como sea, esa puta bola podría haberse desviado en todas las direcciones de la brújula, pero habría acabado cayendo en una mención como guionista para Walter Drogue. Y nosotros fuimos capaces de jaquear su ventaja. Salvamos tus créditos y tus royalties.

—Él jamás había oído hablar de la novela antes de que yo escribiera el guión.

—Él cree que sí.

—El año pasado por estas fechas, creía que *El despertar* era una película de momias —le explicó Walker—. Y ahora se piensa que ha escrito el libro.

—Así es él, Gordo. Y si vas allí y te comportas como un borrachuzo y das por saco a su actriz, caerás de cabeza en sus manos. Está seguro de que se te puede tragar con un vaso de agua.

—¿Eso dijo? —preguntó Walker con una sonrisa.

—Algo por el estilo. Y ahora andan todos asustados porque Dongan Lowndes está por allí haciendo un gran reportaje sobre la filmación para una revista. Tienen miedo de que los haga quedar como unos imbéciles y les joda el proyecto.

—Vaya —dijo Walker—, ¿qué te parece?

Dongan Lowndes era un novelista cuyo único libro, publicado ocho años atrás, Walker tenía en gran admiración. Des-

de entonces, Lowndes se había pasado a la no ficción y colaboraba en revistas de calidad. En los últimos tiempos había escrito sobre temas tales como cantantes melódicos de Las Vegas, magnates de autopromoción, políticos necios y la industria del cine. Escribía bien y era mordaz, y la gente lo temía.

—¿También cree que puede tragarse a Lowndes?

—Esperan seducirlo.

—¿Con Lu, tal vez, eh?

—Es una producción de Charlie Freitag, Gordon. Ya conoces a Charlie. Cree que... —Keochakian alzó la mirada al cielo—. Dios, a saber qué cree. Es un esnob de la cultura. Cree que se trata de una película con clase y que Lowndes es un tipo con clase. Cree que le harán un reportaje simpático y que será bueno para la película.

—Cuando, en realidad, Lowndes no es capaz de sentarse a escribir y odia que los demás trabajen. Los va a despellejar.

—Eso cuéntaselo a Charlie —dijo Al. Miró atentamente a Walker mientras daba un sorbo a su copa—. Eh, tú también estás un poco hostil, ¿no?

—Lowndes es muy buen escritor. Espero que no vuelva a escribir una novela en su puta vida.

—Genial, Gordon. Eres justo lo que necesitan allí. Puedes darle el coñazo a Lee y cagarte en la prensa. Emborracharte, provocar peleas. Como en los viejos tiempos, ¿verdad? —Se inclinó sobre la mesa y clavó su mirada Vieux Port sobre Walker—. Le harás daño a la gente. Te harás daño a ti mismo. Te digo que te mantengas alejado.

—Lo pensaré —respondió Walker.

—Por favor. Por favor, piensa.

Cogió una carpeta llena de recortes de periódico de su maletín attaché y se la alcanzó a Walker.

—Pásalo bien. Ponte sobrio. Llámame dentro de un par de días y hablamos de lo que deberías hacer. —Pidió la cuenta y firmó el recibo mientras el camarero esperaba—. Es decir, ¿qué pasa si Connie vuelve o llama y tú estás por ahí haciendo el imbécil? No hagas nada. No vayas a ninguna parte hasta que estés sobrio.

Salieron afuera. Se había convertido en un típico día de Santa Ana, con una brisa seca e incómoda, el cielo caliente y nublado. En la esquina de Bronson, Keochakian cogió a Walker de la solapa.

—La gente te vigila —le dijo—. Siempre. La gente mala que quiere que te pasen cosas feas te vigila. No estás entre amigos. —Se alejó unos pasos y luego se dio la vuelta de nuevo—. No te fíes de nadie. Excepto de mí. Yo soy diferente. En mí puedes confiar. ¿Me crees?

—Más o menos —respondió Walker.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE REINBOOK  
EN EL MES DE ENERO DE 2013

S

*Una plegaria por aquellos de corazón salvaje  
que permanecen encerrados en sus jaulas.*

TENNESSEE WILLIAMS

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)